

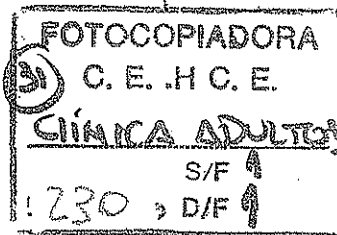
En otro tiempo, cualquiera de los historiales freudianos habría sido ilegible sin la referencia a la comunidad de personajes cuyos discursos tejieron el campo en el que cada sujeto encontró o perdió la causa de su deseo.

Hacemos nuestro el aforismo: "toda psicología social es individual"; el deseo del sujeto se lee en el campo del Otro; las variantes del objeto en las que retiene su goce se deciden en un campo transindividual cuyo horizonte toca los límites de su tiempo.

Que este, en el horizonte que nuestro siglo con sus prejuicios de individualismo concienialista, caro a las variantes liberales, se haya perdido también para los analistas, deja sus marcas y sus síntomas: en la dificultad para aceptar y extender la práctica analítica a la reflexión de campos "ajenos" según el preconcepto señalado; para valorar el discurso del arte; en la escasa consideración de las reuniones de analistas cuando ellas exceden el marco íntimo de cada uno; en los precarios acercamientos y de propuestas novedosas a sectores del conjunto social no tradicionalmente próximos a nuestro campo; en la escasa o nula presentación en las variantes que la técnica de nuestros días ofrece en la llamada comunicación social.

Ningún anhelo ni ilusión psicologistas nos lleva a desconocer los límites de la incidencia del campo que nos atañe. Pero su reverso, nos indica la presencia de un obstáculo que insiste y al que invitamos a desplegar; interrogarlo permitirá una producción que nos relance, advertidos de las instancias que nos exceden y sin embargo soportan nuestra condición.

Mayo de 1989



"JUSTICES DEL PSICOANÁLISIS" ISIDORO VEGH

Ética psicoanalítica y poder político*

Psic. Clínica de Adultos y Gerontes
UNLP - 1993 -

Fui invitado a hablar acerca de la ética psicoanalítica y el poder político. Si tan sólo fuera sobre ética psicoanalítica, me habría encontrado con dificultades; sobre el poder político, habría encontrado otras, no menores. Pero sobre ética psicoanalítica y poder político, la dificultad se multiplica. Voy a dejarme guiar por el orden en que la invitación me fue formulada, y por la práctica a la cual me dedico. Me resulta el camino más viable.

¿Qué es la ética psicoanalítica?: según cierta tradición, surge la ética como una propuesta que articulada teóricamente concluye en un acto que, en tanto moral, implica un valor. Si esta ética intenta una respuesta no sólo a la verdad sino aún a lo real, debo comenzar por interrogarme dónde surge esa ética que llevaría por apellido —según la invitación que me fue propuesta— de psicoanalítica. Si ese apellido le conviene, ¿cuál es el objeto al que el psicoanálisis se consagra? Para que la ética no sea la proclama arbitraria de un valor impuesto, ella debiera acordarse al objeto del cual dice derivarse. Y si desde una perspectiva acotada por el marco en que nos encontramos, intentamos pensar qué es aquello a lo cual el psicoanálisis se consagra, respondo que

* Mesa redonda realizada en la Facultad de Psicología el 10 de diciembre 1987.

se consagra a una estructura definible en tres registros, que en el psicoanálisis tienen su especificidad.

Los psicoanalistas reconocemos una instancia que solemos llamar la instancia del yo. De ella, cierto psicoanálisis y otras corrientes del campo psi que no pertenecen a él, tienden a pensar que es reveladora de la percepción y que cuenta como elemento válido para determinar el rigor de esa percepción con lo que se llama la conciencia. Es una manera de conceptualizar esa instancia yoica.

Desde los orígenes del psicoanálisis, desde Freud, y luego desde la perspectiva que propone Lacan, esa instancia se define no por su relación a la percepción y a la conciencia, sino por su relación al narcisismo. Instancia yoica es, en principio, el producto de las trampas del amor. Surge para el sujeto, evolutivamente para el niño, como imagen alienada que encuentra fuera de sí, y a la cual dice reconocerse, ignorando que ese lugar donde se reconoce es precisamente el lugar donde él no está. Si la perspectiva de esta instancia yoica la aceptamos en su relación al narcisismo, este narcisismo redefine a su vez la relación con la percepción y la conciencia. Desde ahí el yo cumple una función en relación al conocimiento: precisamente de desconocimiento. Esa imagen en la cual el yo se reconoce es también una imagen de la cual goza. Y goza en la persistencia de esa imagen, que se despliega hasta el modo de la pasión: del amor por conservarla, del odio por lo que la obstruye, y de la ignorancia por lo que la cuestiona.

Que esto tiene su incidencia política, tenemos pruebas contemporáneas. Para un ario, rubio, joven y atlético, no hay nada mejor que otro ario, rubio, joven y atlético. Las historias contemporáneas del racismo, las historias del ideal llevado a su extremo, incluso en el pueblo más culto de Europa, nos dan un ejemplo de lo que puede en su incidencia política, esta instancia lanzada al colmo de su expansión. Sin duda no se reduce ese fenómeno a esto que estoy contando, es sí una perspectiva más para pensarlo: el psicoanálisis la presenta como la eficacia de lo imaginario.

En otra perspectiva, el psicoanálisis nos dice que cuando el ser humano habla —es el único que habla, las abejas tienen lenguaje pero no hablan—, dice más de lo que sabe. La lengua nos llega desde el Otro; es biológica nuestra disposición para recibirla, pero la lengua es materna, así se la nombra. Si llega desde el Otro, desde el comienzo no asegura que allí el sujeto ubique su palabra. No es lo mismo la lengua del Otro que la palabra del sujeto. Esto también es experiencia que hemos vivido. En nuestro país, no hace mucho (no precisamos acudir a Europa) hubo quienes decían cuál era la palabra que nos convenía, no sólo decir, sino incluso leer. El discurso, en tanto implica esa dimensión del sujeto, excede el sentido. El sentido no es sino, a nivel de la palabra, un equivalente de lo que es la imagen en la dimensión del yo. Es el lugar de la cristalización que induce el error. Por suerte contamos también con los equívocos que el mismo discurso nos ofrece. Es en sus tropiezos, en sus titubeos, en sus actos fallidos —como dice el psicoanálisis— donde encontramos lo mejor de eso que habla. Y también la angustia, que indica que hay algo que está más allá de la palabra: lo que no puede decirse, subjetivación del objeto. No de cualquier objeto, de uno que indica una relación privilegiada al goce. El psicoanálisis nos indica en otro registro, el de lo simbólico, una eficacia que duplica esa que en lo imaginario sitúa al yo en un lugar de desconocimiento: cuando el sujeto habla no sabe lo que dice. ¿Qué eficacia tendrá ésto en política?: en la exposición anterior, escuché una crítica a cualquier pretensión de sistema. Sistema, presentación de un orden conceptual que pretenda cubrir lo real, decir todo de aquello a lo cual se aboca, con las consecuencias que de allí se derivan. Tenemos también experiencias no sólo en el campo del mundo occidental y cristiano, como se mencionó. También a ese nivel el psicoanálisis nos dice que el sujeto se encuentra precisamente allí donde él no se espera. “Soy donde no pienso, pienso donde no soy”. En esto hay una extraña coincidencia con un autor que se mencionó: Marx dice —cuando habla del fetichismo—: los suje-

tos creen que intercambian mercancías, sin embargo cambian valor, "lo hacen pero no lo saben".

En la estructura que el psicoanálisis propone, y de la cual se deriva su ética, hay algo que acota y limita esa vigencia de la representación imaginaria, o esa pretensión del sistema del lenguaje: hay lo real. Real que no se iguala a la realidad, ella ya es la cubierta imaginaria con la cual nos acercamos a lo real. Un real que pone punto a la palabra, que subtiende el valor de la imagen, y nos invita por otra palabra más. Es un límite al saber: situar al sujeto frente a lo real lo libera del sentido, y le abre a otra vuelta.

Vivimos en un tiempo en el cual el saber se vende; desde ya que esto ocurre desde la época de los sofistas, también ahí el saber se vendía, pero hoy es llevado al extremo. Hoy una multinacional no necesita disponer capitales para construir subsidiarias en los países que no son los de la metrópoli, puede obtener sus ganancias vendiendo los diskettes en los cuales se almacena la tecnología, un cúmulo del saber, de aquello que esa multinacional ofrece. Estamos en los umbrales —porque esto recién comienza a desplegarse— de un mundo en el que el saber comienza a distribuirse en posición dominante por todos los ámbitos, incluso en el ámbito político. Hasta en nuestro país podemos verlo: ¿qué político no se rodea hoy de técnicos o tecnócratas que se presentan poseedores de un saber? Pues bien, en esto el psicoanálisis, los psicoanalistas, si intentamos mantener la tradición que Freud llamaba "la peste", venimos a contrapelo: proponemos el ejercicio de una falta de saber. Propongo lo siguiente, aunque hoy suene como utopía: ¿qué pasaría si invitáramos al gobernante a que no nos proteja con los tecnócratas que lo ayudan al ejercicio de su deber, sino a que soporte específicamente el ejercicio de su falta de saber? Lo digo de otro modo: ¿y si retomáramos —en otra instancia, porque ya no estamos en aquellos tiempos— algo que se jugaba en la antigua polis griega, donde a diferencia de la estructura del Estado, que viene luego de Montesquieu, no era siempre necesario que el pueblo gobernara solamente por medio de sus representan-

tes? Si el pueblo gobernara directamente, y no por medio de sus representantes, pondría en cuestión el saber de esos representantes que hoy se presentan avalados por la tecnocracia universitaria. Sería distinto que en los tiempos antiguos, porque en esos tiempos la política era el pacto de los amos; en la polis griega los que compartían la práctica política eran los amos. Hoy, el avance de las fuerzas productivas permite que el ocio se distribuya de otro modo, al menos potencialmente. ¿Qué pasaría si esa posibilidad que en la polis antigua sólo estaba reservada a los amos, la pensáramos en una dimensión política para nuestros tiempos? Supondría, para el político puesto en gobernante, ejercitar el lugar donde su saber está en falta; no habría sistema que lo garantice, no habría concepción del mundo que dijera cómo debe ser cada cosa, habría más bien la reserva que implica la aceptación que en cada ámbito y en cada circunstancia se produzca un encuentro con lo real, y desde ahí una palabra nueva se relance.